

Ed. 11.
982
^

14710



MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION

BUENOS AIRES

por

Ignacio B. Anzoátegui

Homenaje

de la Secretaría de Estado de Educación
en el IV Centenario de su segunda fundación

República Argentina

1980

7/7/80
130 de
P. 27



MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION

INV	0.14710
SIG	Foll 982
LIE	1

Presidente de la Nación Argentina
Teniente General (R.E.) D. JORGE RAFAEL VIDELA

Ministro de Cultura y Educación de la Nación
Doctor JUAN RAFAEL LLERENA AMADEO

Secretario de Estado de Educación de la Nación
Profesor JOSÉ ANGEL PAOLINO

BUENOS AIRES

por

Ignacio B. Anzoátegui

Homenaje
de la Secretaría de Estado de Educación
en el IV Centenario de su segunda fundación

Ej. 2: 16714

Presidentes de la Nación Argentina
Teniente General (R.E.) D. JORGE RAFAEL VIDELA

Ministro de Cultura y Educación de la Nación
Doctor JUAN RAFAEL LLERENA AMADEO

Secretario de Estado de Educación de la Nación
Profesor JOSE ANGEL PAOLINO



Escudo de armas que dio Juan de Garay a la Ciudad de la Trinidad y Puerto de la Santa María de Buenos Aires, en 1580.

INSTITUTO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
Buenos Aires - Rep. Argentina

La fundaron dos hombres: uno era andaluz y el otro era vasco. El primero la fundó para que fuera grande en la muerte y el segundo la fundó para que fuera grande en la vida. Y los dos la fundaron con cintarazos de espadas en el aire vibrante, para que su aire tuviera el gracioso esplendor del acero y su gloria tuviera la orgullosa firmeza del puño que empuña la espada. La fundaron dos hombres que afirmaron sus pies sobre la tierra y levantaron al cielo la punta de sus espadas para tomar posesión de la tierra y del cielo. El primero traía en sus ojos la desolación de la tierra que le llamaba a la muerte y el segundo traía el verde recién barnizado de la campiña vasca que le empujaba a la vida. El primero traía la esperanza del cielo atada a la esperanza de la muerte y el segundo traía la esperanza del cielo sujeta a la esperanza de la vida. Y los dos traían sus almas presurosas como las almas de los héroes.

Llegaban a la tierra salvaje desde la salvaje inmensidad del mar. Sobre las naves aventureras habían corrido las aguas del Atlántico entoldadas de cielos sin horizontes, con sus noches claveteadas de estrellas desconocidas. No era el angosto mar socorrido de puertos y afligido de piratas, sino el mar fabuloso del desamparo tremendo. No era el breve mar que unía a la tierra con la tierra, sino el ancho mar que separaba a la tierra de la tierra y distanciaba a la esperanza de la esperanza. No era la tierra madre, sino la tierra virgen. No era la compartida soledad de la muerte en la tierra española, sino la angustiosa soledad de la vida en la tierra de América. No era el ordenado júbilo de la tierra vasca, sino el escándalo clamoroso de la tierra americana.

No era la tierra madre que recibía al hijo, sino la tierra virgen que recibía al hombre.

Frente a la gradería del Plata la fundaron dos hombres: el primero se llamaba Pedro de Mendoza y el segundo se llamaba Juan de Garay. Bajo el cielo de América clavaron sus estandartes reales y el estandarte del primero se balanceó con un viento de muerte y el estandarte del segundo se inflamó con un viento de vida. Era el viento que Dios mandaba de la pampa abierta para enseñar al hombre la grandeza de la muerte antes de encomendarle el trabajo de la vida: porque Dios quería que la vida del hombre se fundara sobre la muerte del hombre y el triunfo de la vida se fundara sobre el triunfo de la muerte. Así nació la ciudad de Santa María de los Buenos Aires: la ciudad recién nacida y muerta y muerta y renacida.

De las ruinas de la primera fundación debía surgir la ciudad definitiva, porque en su tierra había sido depositada la semilla de la ciudad: la semilla de la ciudad antigua y de la ciudad moderna, la semilla de la aldea y de la metrópoli. Bajo la mata de pasto forcejeaba la altura del monumento y la vieja casona soñaba desde el patio con la altura del cielo.

Sus primeros años fueron los años del aprendizaje del hambre y de la lucha contra el indio: contra el indio que se oponía al extranjero que llegaba para compartir su hambre. Fue el aprendizaje del hambre que necesitaba la ciudad rica del porvenir para que supiera disfrutar de su riqueza y fue el aprendizaje de la guerra que necesitaba la ciudad pacífica del porvenir para que supiera disfrutar de su paz. Fue la angustia del hambre que pone en los ojos una tentación de pecado y fue la angustia de la guerra que pone en los ojos una tentación de martirio. Fue el día sin pan que esperaba a la caída de la noche sin sueño y fue la noche sin sueño que esperaba al amanecer de otro día sin pan.

Era la ciudad que en el sacrificio se ganaba el derecho a la grandeza.

Y un día florecieron de trigo los campos coloniales y amaneció la paz de la ciudad al calor de la gloria de España, y la

ciudad edificó sus casas y sacó sus sillas a la vereda para contar las estrellas en la paz de la noche.

Eran los días lentos y recatados de la Colonia, con sus virreyes patriarcales y sus soldados vestidos con los colores de los pájaros, con sus jueces solemnes y sus pecados escondidos como enfermedades vergonzosas, con sus hidalgos severos y sus muchachas alegres y puras como la mañana, con sus devociones madrugadoras y con sus médicos que cifraban su ciencia en el viejo aforismo de Hipócrates: "Quae medicamentum non sanat, ferrum sanat; quae ferrum non sanat, ignis sanat; quae ignis non sanat, insanabile est". Eran los días largos y espaciados de la Colonia, con sus calles profundas y sus zaguanes amigos, con sus frescos aljibes y sus patios embaldosados de rojo, con su cielo celeste y sus nubes blancas que anunciaban la claridad de una bandera, con sus iglesias españolas y sus salones donde se dibujaban las primeras sonrisas a la manera de la corte de Francia. Bajo el sol de la Colonia brillaron las espadas en la paz decorosa que asegura el acero y en sus noches calladas, en el silencio militar de sus noches, montaron la guardia la sombra de los fundadores. Era la ciudad digna y disciplinada de la Reconquista y de la Defensa: la ciudad que un día persiguió por sus calles a los enemigos seculares de España y otro día rechazó de sus aguas a los enemigos que volvían para tentar nuevamente la desastrosa aventura. Frente a la amenaza brillante de las bayonetas inglesas, frente a las naves herejes que cabeceaban en el río, la ciudad levantaba el estandarte de su rey. A la prosperidad prometida, Buenos Aires oponía su lealtad de ciudad española. Era la ciudad de los alcaldes que organizaban la defensa de la ciudad como si organizaran una fiesta, la ciudad de los soldados que peleaban por la ciudad como si pelearan por una mujer y eran las mujeres que peleaban al lado de los hombres y eran los hombres que peleaban para que las mujeres no se avergonzaran de ellos. Era el magistrado que se vestía un uniforme de soldado y era el paisano Juan Manuel de Rosas que se largaba a la ciudad para matar ingleses. Era el heredero de España que defendía su herencia.

Y una mañana lluviosa, para que el amor a la patria tuviera patria, la ciudad inauguró la patria. España había sido invadida por los ejércitos de Francia, y la ciudad inventó la patria para que los criollos no anduvieran perdidos como hijos de nadie en el desamparo de América. El derecho de España caducaba en la derrota de sus armas, y la ciudad había afirmado su derecho en la victoria de sus armas sobre los enemigos de España. Para que los galeones del rey Fernando no se fueran arreando para el lado del agua la luz de nuestras tardes como una tropa mansa, alborotaron los patriotas en la mañana del 25 de Mayo, cuando todo era pegar gritos y jugarse la vida. Era la patriada de los criollos reclamadores de patria en la arremolinada aventura, bajo la lluvia tirante; era la patriada de los corazones barulleros en el tumulto bravo de la demanda, mientras French y Berutti salían disparando de la Recova, hecho tiras el cielo entre las manos. Hasta que con el último aguacero bajaron en la tarde, desde el balcón volado del Cabildo, los nombres de los patriotas de la Junta, uno a uno, como papeles mojados.

La revolución de Buenos Aires no fue la traición cometida contra España. Su grito no fue el grito de maldición del esclavo que se aprovecha de la desgracia de su señor; fue el grito de guerra del hijo que se alza con la grandeza de su casa en la hora de la desgracia de su padre. Fue el ruido de armas que los patriotas movieron para fundar en América un imperio con la sangre de España. Fue España misma que se levantaba contra la corte de España para continuar en América la tradición imperial de la raza de los conquistadores. Y América asistió a la epopeya de los libertadores que cumplían el testamento de la Conquista.

Así amaneció Buenos Aires a la vida independiente, y su vida fue la garantía de la libertad de América. De cara al río que le abría las rutas del mundo, la ciudad libre notificó su existencia a las naciones, con la intrépida jactancia que emplearon las ciudades de todos los tiempos para hablar de ellas mismas:

*Calle Esparta su virtud,
Su grandeza calle Roma.
¡Silencio!, que al mundo asoma
La gran capital del Sud.*

Era el compromiso que Buenos Aires contraía delante del mundo.

La ciudad reposada y hacendosa de la Colonia se despertó de su sueño y llamó a sus hijos para que pelearan por ella, y ella los armó caballeros y los repartió por los caminos de la patria para que murieran y para que triunfaran en la demanda de la libertad. Y los hijos oyeron el llamado de la guerra y atravesaron un continente al galope victorioso de sus caballos.

Eran los días breves y trajinados de las luchas de la Independencia, cuando las espuelas de los militares que iban y volvían dejaban por las calles cadenas de ruidos. Los días de las alarmas calladas y de las victorias celebradas en el rebato de las campanas. Era la ciudad que se jugaba la paz por la grandeza; la ciudad que renunciaba a la grandeza española para ganar su propia grandeza. La gobernaron los clericales y los jacobinos: los clericales tiesos que salían a la calle a jugarse alegremente la vida como en una guerrilla de muchachos de barrio, y los jacobinos rollizos que frente a la tentación del plato suculento suspiraban por la insobornable tiesura del señor Robespierre. La gobernaron los liberales y los dictadores: los liberales que querían imponer al pueblo la obligación de pensar libremente como ellos, y los dictadores que sabían ganarse al pueblo con su estruendosa autoridad paternal. La gobernaron los clericales y los jacobinos, los liberales y los dictadores pero Buenos Aires gobernó a sus gobernante, porque sus gobernantes gobernaron para ella. Era la alegre ciudad que jugaba a los gobiernos porque siempre estaba descontenta de sus gobiernos; la ciudad que se entretenía en voltear a los gobiernos, unas veces por las armas y otras veces por el ruido de las armas. Era la ciudad que volteaba a los clericales porque no eran bastante jacobinos y vol-

teaba a los jacobinos porque no eran bastante clericales y levantaba a los dictadores y los volteaba porque no eran bastante liberales y volteaba a los liberales porque no sabían ser bastante dictadores. Era la ciudad de siempre, que, más que una ciudad, parece una manera de ser.

Y Buenos Aires fue grande, porque era grande la tierra donde se asentó la Conquista y era grande la raza de la Conquista.

Frente al río leonado adelantó su puerto y frente a la pampa virgen desenvainó su espada y trazó con la punta el contorno del horizonte, y el puerto fue una tentación de alas y los caminos del horizonte se esmaltaron de blanco con la claridad de las casas y se esmaltaron de verde con el verdor de las quintas. Bajo el cielo luciente florecieron sus plazas, y las avenidas se tendieron como si se tendieran de estrella a estrella. Por el cauce de barro de las calles antiguas deslizó el asfalto su lisura de agua y la calle pareja se pobló de automóviles, como si los automóviles fueran los peces del asfalto. Junto a la vieja casa de los patios con aljibes de cielo se levantaron los edificios blancos donde se enarbolan las nubes, y el cielo bajó a mirarse en los patios abiertos mientras las nubes flameaban en lo alto de los edificios, como ropa tendida. Y la ciudad ganó al río su arena por el lado del Este y ganó a la pampa su tierra por el lado del Oeste, y ganó al aire la altura de su cielo y ganó al cielo la altura de su luz milagrosa.

Buenos Aires es la ciudad del río que aspira a la pampa. El águila de su viejo escudo es el águila que lleva su cruz a la tierra, como es seguridad de tierra el ancla de su nuevo escudo y es amistad de cielo la paloma de plata que lo corona. Su río no es el presuroso río que galopa hacia el mar, cargado con los sueños de las ciudades; es el manso río que descarga en la tierra los sueños de las otras tierras. Es el río cansado de la gimnasia del Atlántico que retumba en sus aguas: el río que se recuesta en la ciudad para morir eternamente en ella. El río es el apeadero del mar, como la pampa es el apeadero del cielo de Buenos Aires, porque la pampa tiene la anchura del cielo y tiene sus florecitas silvestres como las estrellas del cielo. El río es la

entrada de servicio de la casa porteña: la entrada que abrieron los dueños de casa para que los proveedores no ensuciaran la alfombra de flores de la pampa.

Buenos Aires es la ciudad del río, que vive de espaldas al río. Es el Norte y es el Sur y es el Centro y es Palermo y Belgrano y es la tentación de campo con que se aroma el Oeste. Detrás de la ciudad vive el puerto con su vida de río y con sus aguas quietas donde se hunde el cadáver del alba: el puerto donde derrumban los barcos sus cargas de ansias y de mercancías y donde los graneros derrumban sus granos en las bodegas hambrientas, como un tributo que los hombres pagaran a los monstruos del mar. En las mañanas del puerto hay un frío de agua dormida, de agua con gusto a muerto, como el agua olvidada de los floreros, con un gusto a boca de madrugada. Bajo los guinches sonámbulos, junto a los diques tornasolados de aceite como el plumaje de un pavo, las cuerdas acechan el bostezo de los caminantes para pialarles los pies con sus trampas de muerte, mientras un remolcador se suena estrepitosamente las narices en la inexplicable alarma de su sirena. Las noches del puerto son las noches de los barcos que se quedan viudos, en el velorio callado de los barcos y de los galpones, y son las noches de los transatlánticos que se alejan por la oscuridad del río con la callada dignidad de un globo; las noches de los transatlánticos torpedeados de luces y las noches de las sirenas que suenan con un mugido hondo de despedidas agolpadas en la profundidad de su pecho. Las noches del ahogo que zarpa y del ahogo del pañuelo que se desmaya en la tristeza de los muelles; las noches de la angustia de las cabinas de los barcos, que siempre tienen algo de féretros, y de las sábanas de soledad de los que se quedan, que siempre tienen algo de mortajas.

Buenos Aires es el Norte y el Sur y es el Centro y es Palermo y Belgrano y es la tentación de campo con que se aroma el Oeste. Es el arrabal aristocrático del Norte, donde los sacos blancos de los mucamos dan el tono a las calles anochecidas. Mucamos que se atraviesan al almacén rico de los mucamos;

mucamos fieles que se saben más fieles porque tutean aparatosa-
mente a las mucamas como por delegación de los señores. Calles
con visitas de árboles que se alcanzan mates en el crepúsculo,
mientras en los jardines dormidos se abren glicinas de silencio;
calles donde el automóvil parado atiende a las conversaciones de
los sirvientes que lo rodean, hasta que bajan los señores y el
automóvil tose como avisándoles para que se desparramen. Calles
pobreteras a pedazos, que viven con un buen pasar de pobre de
barrio aristocrático. Calles para caminarlas con el galgo que
llevamos todos en el caminar solitario y abandonado; calles donde
al amparo de la hora nos sacudimos la caspa de luna que nos
dejó en las solapas el Romanticismo. Buenos Aires es el ano-
checer de Callao por donde pasan rodando los automóviles para
descolgar por el tobogán oscuro de la Recoleta y enfilear zum-
bando el camino a Palermo, empastado como un asentador de
navaja. Es el bocinazo largo y protocolar del automóvil, que en-
ciende las luces de las calles del Norte, donde siempre hay un
aire esmerilado de barrio de embajadas: un aire antiguo que se
recoge las polleras para no llevarse el polvo de caireles que cruje
bajo los zapatos de seda. Es la medianoche de la Plazoleta Car-
los Pellegrini, donde las calles tomadas de la mano, juegan a la
gallina ciega con la estatua del Presidente. Es la mañana de la Re-
coleta que se lustra de sol para reconciliarnos con la muerte, de
ese sol frío de las banderas que cubren los cajones de los gene-
rales en las mañanas estremecidas de músicas y de entorchados.
Es la Avenida Quintana que se abre como un pasillo de la Eter-
nidad: la alameda por donde galopará la diligencia que nos lleve
a la muerte, con su cruz en lo alto y sus caballos solemnes y ca-
beceadores. Es el cementerio del Norte, que se ilumina de cielo
con la esperanza de los pájaros que llegarán un día y de las
trompetas de bronce que sonarán los ángeles en la mañana del
Juicio Final. Es el cementerio con canteros de sepulcros de pró-
ceros, familiares y claros como los primeros días de la patria;
el cementerio de las bóvedas blancas donde hay un angelito que
hinca graciosamente la rodilla sobre un almohadón de mármol.

Es la mañana de los jardines de Palermo, junto al puente ro-
mántico abrazado de rosales, y es el aula de rosas del Rosedal.
Es la Plaza San Martín, donde el héroe monta su caballo petiso
con cola de caballito de plomo, y es la Plaza Vicente López, don-
de hay una rodada de gritos alegres en la lomita de césped. Es
la Facultad de Derecho, que alarga su silueta rota sobre el bal-
dío, como para tapar el pudridero de sombras que la noche le
instaló a sus espaldas. Cervecería y catedral: Munich y Estras-
burgo. Penumbra monumental en los rincones callados y escarcha
de luz en los ventanales donde el sol juega a las monedas con
los vidrios. Bajo los arcos mudos los relojes se toman el pulso
de una punta a la otra de los corredores, hasta que una cam-
panada se pone a inaugurar horas y los claustros se llenan de
goteras de relojes. Es la tarde de la Plaza Rodríguez Peña, ausu-
rrada de amores ocultos bajo los árboles, y es la mañana de las
5 Esquinas, picoteada de voces y embanderada de delantales
blancos. Y es el Teatro Colón en sus noches de gala, con sus mu-
jeres escotadas y su importancia de parada militar.

Buenos Aires es el Norte y el Sur y es el Centro y es Palermo
y Belgrano y es la tentación de campo con que se aroma el Oeste.
Es el barrio del Sur, donde sonaron los primeros talerazos de
la Mazorca para entregar un recado de muerte, mientras por
los fondos los caballos sacudían a ancazos el portón, entre un
santiguarse de negros despavoridos. Por sus calles anduvo el
terror de mil ochocientos cuarenta y tantos, cuando Ciriaco Cui-
tíño apuñaleaba unitarios y le llevaba la lista de almas, todavía
caliente, a Don Juan Manuel de Rosas, el Ilustre Restaurador de
las Leyes. Buenos Aires es la noche del Sur y es la calle Balcar-
ce, donde las puertas tienen una estatura de ahorcado. Es la ma-
ñana del Sur en el Parque Lezama y es la siesta del Sur en el
Museo Histórico, provisto como una pulpería de la historia. Es
el carro que avanza por la vía con su lentitud de dueño de la
calle y es el tranvía que taconeá su campana con la amenazadora
insistencia del que reclama un derecho. Es el almacén mayorista
y la mercería mayorista. Es el sol mofletudo que les dice piro-

pos a las cocineras y es el conventillo que se despioja de chicos en la vereda. Es el carnicero que pasa con un clavel de sangre asegurado en la oreja y es el carrito del verdulero con sus letreros floridos: "Hasta mañana, señorita"; "Yo soy como el picaflores: canto, pico y me voy"; "No me besés, que me osido". Es el amor de barrio de las muchachas románticas que perfuman la calle de jazmines y es la Plaza Constitución, cruzada de carreras y somnolienta de vagabundos que esperan sin esperanza. Es la calle Montes de Oca, con sus baldazos de luz en las esquinas y con sus noches calladas que todavía no perdieron la costumbre de ser noches de quintas, con su luna en camisa como la luna del campo y con sus esquinas acechadas de sombras espesas como las sombras del campo. Es el barrio de la Boca y es la calle Almirante Brown iluminada con una luz que duele, como de labios demasiado pintados, y es la calle Pedro de Mendoza que se alumbra con fósforos en la oscuridad de la noche para enseñar su escenografía a los turistas. Es el barrio acriollado como los gorriones, con el acriollamiento alerta de los hijos de italianos. El barrio de los viejos que salen los domingos con su cadena de oro y con su medallón de oro colgando del medio de la cadena; el barrio de los compadritos y de los que se visten como compadritos. Es la esquina tenebrosa y es el tranvía que no llega y la pareja de hombres que se nos acerca con el ala del sombrero echada sobre los ojos. Es la noche callada y es el tiro que rebota como una tiza arrojada contra el pizarrón de la noche. Y es la barca que arrastra su pesadez sobre el Riachuelo y es el agua del Riachuelo que tiene un olor a orilla y a pintura de Quinquela Martín. Es el tango malevo de las quebradas resbalosas y de las piernas acalambradas de ganas de tango; es el bandoneón que desenfunda su quejumbre gangosa para arrugarse luego entre las rodillas tembionas, con su llanto de niño. Es la pista cruzada de cuerdas de goma para las atropelladas elásticas y es el abrazo fiero de los hombres y es el afirmarse de las parejas contra el pechazo de la música, hasta que la ola del tango las arrastra en una desbandada de

piernas flojas y gambeteadoras. Es el violín que estira su des-perezo agudo como un largo grito de gallina y es la mujer que ahonda la severidad de sus ojeras en los ojos del hombre, y es el brazo levantado del hombre, que se suelta como para echar el freno de mano del tango.

Buenos Aires es el Norte y el Sur y es el Centro y es Palermo y Belgrano y es la tentación de campo con que se aroma el Oeste. Es la vida del Centro que se larga a la calle para cazar noticias en todas las vidrieras. Es la vereda tijereteada de pasos que suben y bajan de la vereda con la prisa de la hora en que se cierran los Bancos. Veredas por donde el sol se cuele entre las piernas de la gente como un perro asustado; veredas que bajamos todos para cruzar a la vereda de enfrente, que siempre está más vacía. Es la angustiada campanada del tranvía, que nos golpea los talones en el instante de bajar de la vereda, y es el alarido del automóvil que se destroza la laringe al llegar a la esquina. Buenos Aires es la vida del Centro, con sus Bancos honorables y obesos como personas honorables, y sus cigarreros ciegos que adoptan una postura de pájaros embalsamados. Es la Avenida de Mayo, donde la ciudad discute sentada en las mesitas de las veredas, y es la calle Corrientes, donde la gente se turna para admirarse de la calle Corrientes. Calles donde el silbato del tráfico raya de pronto el cuadrado de la bocacalle; calles donde los letreros luminosos tiran puñados de polvo de ladrillo contra el cielo. Calles para caminarlas en el atardecer del domingo, con la tristeza de la aventura dominguera y la desolación de la aventura sin esperanzas del domingo nuevo. Calles que tienen el aburrimiento del lunes metido en el atardecer del domingo como en un espejo vacío. Buenos Aires es la calle Florida, con su nombre de flores y su orgullo de muchacha bonita; es la calle que espera al general victorioso para llevarlo hasta la Plaza de Mayo entre guirnaldas de rosas. Es la calle Florida, donde la ciudad pasea con su traje de tarde, y es el automóvil silencioso que se desliza entre la gente con su chapa blanca como un moño de primera comunión. Es la mañana de la Plaza de Mayo, con su nube pintada sobre el celeste del cielo, y es la nube ligera

que corre en el andador del viento. Es la lanza de la estatua de la República, que quiere enganchar el vellón de una nubecita perdida. Es la gloria de la Plaza de Mayo, donde se inauguraron todas las mañanas alegres de la patria. Aquí cada fiesta tuvo su sol de papel dorado y sus banderitas nerviosas tiritando de frío en las mañanas de mayo. Aquí entre el celeste esmaltado de la hondonada del cielo y el verde menudo de los canteros, se levantaron los palcos de las inauguraciones, que tienen una bandera argentina por delantal. Y en la bajada del césped, la Pirámide era el regalo de patria que los hombres ofrecían a los niños de las escuelas. Aquí sonaron las estrofas del Himno, entre el golpe de hoz de las venias de los militares y el derrumbarse de las galeras de felpa, mientras el Presidente de la República se adelantaba como para imponer en sesgo tirante a la Pirámide su banda presidencial bordada con un enorme escarabajo de oro. Aquí sonaron los cantos escolares con sus notas de guardapolvos blancos que jugaban a las esquinitas entre las columnas de la Catedral. Es la Plaza de Mayo con sus caminos abiertos y su presencia de cielo. Y es la Diagonal Norte y es el obelisco de la Plaza de la República, plantado como una espada de piedra. Es la calle de la madrugada que se viste de lila; calles donde las sombras se acuestan, como perros, en los umbrales de las casas, mientras los carritos de los lecheros van poniendo campanillas de día en el paso flojo de los trasnochadores. Madrugada del Centro, donde los tranvías pasan aceitando el asfalto; calles donde hay una frenada lisa en una esquina y hay un automóvil que cruza descansadamente, mirando a los dos lados, como si fuera el inspector de la madrugada.

Buenos Aires es el Norte y el Sur y es el Centro y es Palermo y Belgrano y es la tentación de campo con que se aroma el Oeste. Es la tarde de Palermo, con sus calles olorosas de árboles. Palermo de ayer nomás, Palermo de los botines de charol de los compadritos, que iban pisando lujo malevo por las veredas de sombras, hasta entrarse en los zaguanes oscuros donde unos ojos esperaban la llegada del novio; Palermo de los zaguanes largos y suspiradores que en el anochecer se llenaban de palabras fur-

tivas y de reproches de espera. Es el barrio de Palermo, por donde rodaron las nazarenas de plata de los colorados de Rosas, gritonas como roldanas de aljibe; Palermo de los almacenes donde junto al mostrador había un federal borracho que desafiaba a Urquiza en nombre del Restaurador. Es la tarde de Palermo, que se pasea por la vereda, y es la madrugada de Palermo donde los gallos tiran desde las azoteas su canto con trayectoria de pedrada: El canto de los gallos desvelados que se comieron en la noche todo el maíz de las estrellas. Es la calle Santa Fe, con sus mañanas lustrosas y con sus noches de invierno desnudas bajo la lluvia, con sus árboles atareados de pájaros y sus árboles podados que levantan al cielo su pavoroso dolor de cintura. Es el viento que arrea a bandazos la hojarasca sonora y es el grito de los pájaros disparados como flecha que van chistando al sol en la mañana clara. Es la calle Santa Fe, donde el trolley de un tranvía raspa un cruce de cables y el primer farol se enciende en la tristeza de la tarde, como un fogonazo de magnesio. Es el campechano ademán de Garibaldi que ha frenado su caballo para saludar a la gente antes de largarse a perseguir a las nubes por el campo del cielo. Es el atardecer de la Plaza Italia, donde los rieles estiran su quejido de carne, y es el aire que aspira a bocanadas la sombra. Es la multitud del domingo, que se deshilacha en el atardecer de la plaza, y es la mujer que atraviesa la calle como una cucaracha asustada. Y es la noche de la plaza, cuando la estatua de Garibaldi se queda sola, como si fuera el mausoleo de la alegría del domingo. Es la mañana del Jardín Zoológico, pintada como un libro de viajes para niños, y es el anochecer del Jardín Botánico, donde los árboles se llaman entre ellos con sus nombres latinos, como si enunciaran sus títulos de nobleza. Es el arroyo Maldonado, que le tira un tajo a la cara de Palermo y es el alfalfar del cielo de la Avenida Sarmiento.

Buenos Aires es el Norte y el Sur y es el Centro y es Palermo y Belgrano y es la tentación de campo con que se aroma el Oeste. Es el barrio de Belgrano, donde el sol se echa a rodar en las veredas, como un cachorro juguetero; es el sol rubio y recién bañado de la mañana, que tiene la edad de los hijos de los ingleses. Es

la calle entoldada de árboles y es la tarde de los aromos perfumados con ese olor de sol y de cuero de Rusia que llueven los aromos de Belgrano. Es la noche de luna, con la luna pegada como un affiche en el cielo, y es la noche de lluvia y es el viento empapado que salta las esquinas de vereda a vereda. Buenos Aires es el verde jugoso de las barrancas de césped y es la fresca alegría de la calle Cabildo en la hora de las salidas de misa; es la hora de las muchachas que se pasean tomadas del brazo por la luz de Cabildo, y es la hora en que tenemos miedo de que las filas ondulen y las muchachas comiencen a cantarnos a coro:

*Muy buen día, Su Señoría,
mantantirulirulá...*

Es la calle Cabildo, donde los tranvías aspiran a pulmón lleno la vecindad del campo, mientras sus campanas relinchan de alegría con el olor de los yuyos. Es la iglesia escondida entre los árboles, como un pabellón de caza, y es la quinta dormida que sueña un sueño de luces y de sedas en la penumbra de los salones cerrados: un sueño de gavotas ligeras y de besos callados y de miradas prendidas con alfileres de estrellas. Es el farol que cuelga de los árboles como una fruta gigantesca y es la vereda donde los pasos juegan a las bochas en la soledad de la noche. Es el atardecer de Belgrano y es la novia morena que nos dice palabras dóciles como palomas y es el caminar con ella por las calles de siempre y es su sonrisa triste que se recuesta quietamente en el hombro. Es el grillo que respuntea el silencio y es el tren que perfora la oscuridad de la noche, como un gusano de luz. Es el barrio del Bajo, con sus héroes del turf y con sus malevos que miran pasar a los caballos de carrera como si miraran a una mujer, los malevos de las confidencias y de las palmañitas en la espalda y los caballos que tienen los tobillos vendados bajo sus medias de seda. Es la ciudad que los domingos juega como si jugara unos boletos para el cielo.

Buenos Aires es el Norte y el Sur y es el Centro y es Palermo y Belgrano y es la tentación de campo con que se aroma el Oeste.

Es el arrabal del Oeste, donde la ciudad se abre para salir al encuentro de la Provincia. Es el manojito de calles que se entrecruzan y tironean de los nudos, hasta que los nudos se rompen y las calles salen disparadas hacia la pampa. Calles donde los automóviles dejan una sensación de huída, como de pájaros que escapan de la pajarera del Centro; calles donde todas las tardes los bomberos rajan una zanja de pánico para ir a apagar el incendio de la puesta del sol; calles que se quedan con las sienas partidas por las campanas de cobre de los bomberos. Calles de los vigilantes que conversan con las mucamas que salen a comprar un sifón de soda al almacén de la esquina. Es la Plaza del Once, con la asoleada soledad de sus caminos grises y con su multitud charlatana de los domingos; es la plaza arrasada, como si padeciera el castigo de algún pecado horrendo; la plaza de los hombres que tienen un traje para los domingos del Once y tienen un chambergo nuevo y un par de zapatos brillantes guardados en un baúl: los hombres de las corbatas del domingo y de la camisa del domingo, los hombres del pañuelo bordado y de la sonrisa bordada del domingo. Es la Plaza del Once, donde el automóvil gira como en una espantada para enhebrarse a la carrera en el ojo del puente del ferrocarril. Es el barrio de Flores, donde las casas tienen su luz de santa-ritas, y es la tarde de Flores, con sus puertas de calle estremecidas de piropos alegres y de risas húmedas como las rosas. Es el barrio de Flores, con sus jardines que se asoman a la calle, y es Noemí o Leonor o Clara o Rosalía, que leen un libro de versos sentadas en una silla de hamaca. Es el tren subterráneo que sale, con su farol en la frente, como de una mina de oro, y es el pasto tierno, que crece entre los rieles para acolchar el viaje de los vagones de color de eternidad. Es la Plaza de Flores y es la retreta donde los ojos de las mujeres tienen un calor de nido, y es la cúpula con claridad de cielo de la iglesia de Flores y es el edificio del Banco sentado en una esquina con esa seguridad de matrona de las sucursales del Banco de la Nación. Es el cementerio de la Chacarita, con su peristilo en alto construido para los discursos de

inauguración de la muerte; el cementerio de los coches fúnebres que avanzan como una interminable fila de hormigas negras. Es el cementerio de la campana que acorta la impaciencia de los muertos que esperan; el cementerio que tiene algo de estación de la muerte. Es el cementerio de la Chacarita, con sus palomares de nichos para las almas que volverán una tarde y con sus caminos sombríos donde los automóviles se calzan sus pantuflas de fieltro por el temor de despertar a los muertos. Es el Oeste de Buenos Aires que se acuesta en la pampa, y es la calle de barro, con sus veredas alzadas entre un cordón de yuyos y las campanillas azules de los cercos. Es la vida de la ciudad que busca su tarde en la tarde de la pampa, y es la luz del último almacén, que pone noche en la tarde. Es la ciudad que aspira al horizonte para acercarse a su cielo.

Porque Buenos Aires es el Norte y el Sur y es el Centro y es Palermo y Belgrano y es la tentación de campo con que se aroma el Oeste.

IGNACIO B. ANZOATEGUI

Juriseconsulto y escritor, nació en La Plata (Pcia. de Buenos Aires), en 1905. Cursó estudios de notariado y abogacía y se doctoró en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires.

Ejerció diversos cargos de responsabilidad en la función pública, la magistratura y en la docencia media y universitaria y se destacó como ensayista, literato y poeta. Algunas de sus obras son:

Romances Ytarjaforas, 1932

Georgina ARNHEM y yo (Premio Municipal, 1933)

Vida de muertos, 1934

La niña del ángel, 1935

Nueve cuentos, 1937

Tres ensayos españoles (Tercer Premio Comisión Nacional de Cultura, 1938)

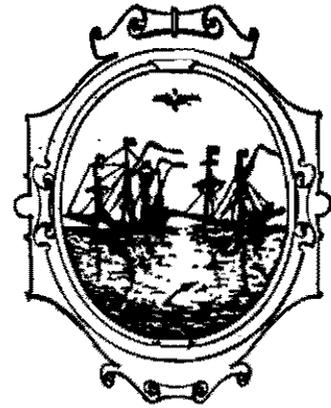
Genio y figura en España, 1941

Entre otras muchas se destacan. *Cielo y Tierra; Viaperas de Georgina; Monólogo con Lady Grace.*

Colaboró además en diarios y revistas nacionales y extranjeros.

Falleció recientemente en Buenos Aires.

**Impreso en los Talleres Gráficos del
Ministerio de Cultura y Educación
Directorio 1801 - (1406) Cap. Federal
República Argentina**



Escudo actual de la
Ciudad de Buenos Aires